

Si el niño mismo se hubiese despertado por la noche y hubiese visto recogidos entre las cortinas de la cuna, los reflejos de ensueños que por causa suya se formaban diferentes personas, habría temblado, y con razón; pero dormía siempre, inconsciente de las intenciones de miss Tox, de la sorpresa del comandante, de los prematuros pesares de su hermana, de las serias miras de su padre: su inocencia ignoraba que en un rincón de la tierra existían Dombey é hijo.

CAPÍTULO VIII

PROSIGUE EL DESARROLLO DE PABLO. — SU CARÁCTER

Bajo los atentos y vigilantes ojos del Tiempo — muy otros que los del comandante — iban cambiando gradualmente las noches de Pablo. Ya no eran tan oscuras: agitábanlas ensueños diferentes, y la acumulación de objetos é impresiones vinieron á animar su reposo. Así pasó de la infancia á la niñez convirtiéndose en un Dombey que hablaba, miraba y andaba.

Desde el malhadado destierro de la nodriza Richards, la administración del cuarto de los niños estaba en manos de una comisión: lo mismo que sucede en determinados centros políticos cuando no se halla un individuo bastante Atlas para sostener el peso de la gestión. Por supuesto: la comisión estaba formada por mistress Chick y miss Tox. Ambas desempeñaban su cometido con tanto ardor que el comandante Bagstock podía persuadirse cada vez más de su abandono y que mister Chick, privado de la superintendencia doméstica cayó en el torbellino del mundo, comía en los clubs y en los cafés, olió á tabaco en tres distintas ocasiones, iba á las diversiones solo, en una palabra, había roto (como mister

Chick se lo dijo) toda clase de vínculos sociales y de obligaciones morales.

Y no obstante, á pesar de sus primeras promesas, toda aquella vigilancia y todos aquellos cuidados no habían sido capaces de hacer que Pablo fuese un muchacho robusto. De naturaleza delicada, el destete forzado vino á dejarle todavía más débil y hasta hubo momento en que pudo temerse que se escapara entre las manos yendo á reunirse con su madre. El peligroso tránsito de la vida del niño en su carrera hacia la edad viril, pasó no obstante; mas no fué sin dificultad y sin tener que ir salvando multitud de obstáculos. Cada diente que aparecía era un derrumbadero y cada grano de sarampión una montaña: el menor resfriado le abrumaba y, en verdad, parecía sitiado por una serie de incomodidades conjuradas para no darle punto de reposo. Unas veces se trataba de males que le salían en el cuello y se agarraban á él no soltándole, otras veces era el sarampión, convertido en feroz — á pesar de llamarse enfermedad de niños y en tal concepto en el deber de ser muy suave.

Sin duda alguna el frío del bautismo le había hecho daño en alguna parte de su cuerpo; y, ciertamente, no era á la sombra de su padre donde podría entrar en calor. Desgraciado fué el niño desde aquel momento: mistress Wickam decía que nunca había visto una criatura tan infortunada como ésta.

Mistress Wickam era la mujer de un mozo de café — lo que venía á ser poco más ó menos lo mismo que si estuviera viuda — y se la había juzgado á propósito para el servicio de mister Dombey, justamente por esta circunstancia y, además, porque no se le conocían ni amigos, ni conocimientos, ni relaciones; esto es, no había que temer salidas ni visitas. En

tales condiciones entró como niñera de Pablo, pocos días después del destete. Era mistress Wickam una rubia, de temperamento apacible, las cejas siempre levantadas y la cabeza siempre baja. Pronta á lamentarse, por sí ó por el prójimo, parecía complacerse en inspirar lástima: la naturaleza le había dotado para esto de una facultad especial, de un talento particular para mirar las cosas por su lado triste; en verlo todo negro hallaba, evidentemente, un gran consuelo.

Por supuesto, no hay necesidad de decir que jamás descendió á considerar estas cualidades el ánimo elevadísimo de mister Dombey. Y lo extraño hubiera sido, en verdad, que llegara á informarse de ellas, dado que nadie en la casa — ni aun mistress Chick ni miss Tox — tenía espíritu para informarle de cosa alguna que pudiera sugerir inquietudes respecto á la salud del niño. Mister Dombey opinaba que era perfectamente inútil pensar que su hijo podría eximirse de las enfermedades comunes en la infancia; por consiguiente, cuanto antes las pasara tanto mejor. Si hubiera sido posible redimirle de este tributo por dinero, ó bien pagar un sustituto, entonces sí: no habría regateado mister Dombey. Por desgracia no veía la posibilidad de hacerlo así, de modo que, encastillado en su orgullo, lo único que hacia era preguntarse cuáles podrían ser las intenciones de la naturaleza, conformándose con la satisfacción de ver de qué manera iba salvando Pablo aquellos obstáculos uno por uno. El sentimiento que dominaba en mister Dombey y que cada día iba en aumento era la impaciencia: impaciencia por llegar al día en que sus ilusiones de grandeza con la asociación de su hijo se realizaran triunfalmente.

Algunos filósofos imaginan que el amor de sí mismo se halla en el fondo de todos los afectos, aun de aquellos que parecen más desinteresados. Para mister Dombey, aquel hijo representaba, desde su nacimiento, una parte integrante de su propia y personal grandeza, ó lo que es lo mismo, una parte de la grandeza de la casa Dombey é hijo. De esta manera no había duda de que su paternal cariño era semejante á esas famosas reputaciones cuya magnificencia descansa en supraestructuras nada sólidas. Sin embargo, no dejaba por esto de querer á su hijo todo cuanto podía grabar alguna imagen, ésta era la de su hijo, no ciertamente la de Pablo niño ó jovencillo, sino la de Pablo hecho un hombre y siendo el *hijo* de la Casa Dombey é hijo. De aquí su impaciencia en avanzar hacia lo futuro, pasando rápidamente por encima de los acontecimientos de su vida. Por eso, á pesar de su cariño, le preocupaban poco las incomodidades á que podía estar sujeto su hijo : ni aun pensaba en ellas. Parecía como si la existencia de Pablo hubiera sido cosa de encantamento de tal modo que á pesar de todas las dificultades forzosamente habría de llegar á ser el hombre por quien mister Dombey formaba sin cesar planes y proyectos, seguro de realizarlos en su día.

Así llegó Pablo á los cinco años. Era un lindo niño, pero en su carita se veía como una sombra de gravedad impropia de su infancia. Y esto era lo que inquietaba á mistress Wickam haciéndola mover la cabeza y suspirar profundamente. Aquel temperamento del niño daba á entender que sería más tarde de imperioso carácter : parecía estar persuadido de su importancia, más de lo que pudiera desearse. Ya se hacía cargo de cuántas cosas y personas estaban á su dis-

posición. Á veces era un niño, como todos, deseoso de jugar y divertirse ; pero á veces se quedaba parado y pensativo, con un aspecto singular, y se sentaba, como para reflexionar, en un sillón pequeño. Entonces parecía una de esas creaciones fantásticas que por arte de un Duende, se truecan, de repente, de niños que eran en viejos de doscientos y de trescientos años. Con frecuencia se veía atacado de preocupaciones inexplicables, estando en su cuarto : al momento cesaba de jugar con su hermana, ó dejaba plantada á miss Tox, que quería distraerle. Pero el momento de verdaderas meditaciones era cuando, terminaba la comida, le bajaban el silloncito al cuarto de su padre, poniéndole cerca de la chimenea encendida. Extrañas figuras resultaban entonces, el padre y el hijo, alumbrados por la llama y los resplandores de la lumbre. Mister Dombey, solemne y estirado, miraba fijamente á la leña chispeante ; la miniatura de carita aviejada, contemplaba también el fuego con la atención de un sabio. Preocupado siempre mister Dombey con asuntos pertinentes al mundo terrenal, formaba multitud de planes, y proyectos para lo porvenir : mientras su imagen en pequeño, transportado al mundo de los sueños, trazaba con la imaginación fantásticas figuras. Mister Dombey erguido de arrogancia ; su pequeña imagen también, mas por herencia y por imitación inconsciente : ambos semejábanse mucho y, sin embargo, su contraste era inmenso.

En una de estas ocasiones en que se habían quedado uno y otro ensimismados en sus respectivas meditaciones y en que mister Dombey había visto bien que su hijo no dormía, pues el resplandor de la lumbre se reflejaba como un topacio en sus ojos, Pablo rompió el silencio diciendo :

— Papá... ¿qué cosa es el dinero?

Aquella pregunta hecha así, de pronto, tenía tanta relación con lo que mister Dombey estaba pensando en aquel momento que éste se quedó desconcertado.

— ¿Qué cosa es el dinero... Preguntas qué cosa es el dinero? — repuso mister Dombey.

— Sí; — repitió el niño apoyando las manos en los brazos de su sillón y mirando fijamente á su padre.

— ¿Qué es el dinero?

Mister Dombey se encontraba efectivamente apurado para contestar á esta pregunta. Hubiera querido dar una definición que comprendiera los términos medio-circulante, concurrencia, depreciación de concurrencia, papel, efectos, tasas de cambio, evaluación de precios metálicos en el mercado... pero dirigió la vista al silloncito y lo vió tan bajo que no tuvo ánimos para entrar en la explicación que se le ocurría y se limitó á contestar.

— Dinero quiere decir oro, plata y cobre: guineas, chelines, peniques. Ya conoces esto ¿verdad?

— Sí; lo conozco — dijo Pablo. — Pero no es eso lo que quiero decir. Lo que quiero saber es en qué consiste el dinero, en resumidas cuentas.

¡Cielos y tierra! qué expresión tenía aquella carita de viejo al mirar á su padre!

— ¡En resumidas cuentas! — exclamó mister Dombey echando un poco atrás su sillón para ver más de frente á aquel orgulloso átomo que se permitía semejante lenguaje.

— Sí, papá; — tornó á decir el niño. — Quiero saber qué puede hacer el dinero, para qué sirve. — Y con esto Pablo cruzó sus brazos (apenas lo bastante largos para cruzarse) y paseando la vista de la

lumbre á su padre, de su padre á la lumbre, para detenerla por fin en su padre.

Mister Dombey movió nuevamente el sillón acercándose á su hijo y dando á éste una palmadita en la cara le dijo:

— Ya irá usted sabiendo estas cosas, hombrecito. El dinero, Pablo, lo puede todo.

Diciendo esto cogió una mano de su hijo y la apretó entre las suyas.

Pero Pablo retiró prontamente su mano y pasándola y repasándola por el brazo de su sillón como si su inteligencia estuviera en la palma de aquella mano y quisiera afilarla, tornó á mirar á la lumbre como queriendo consultar con ella qué diría. Al cabo de una pausa añadió:

— ¿Lo puede todo, papá?

— Sí, lo puede todo... ó casi todo; — contestó mister Dombey.

— Todo quiere decir todas las cosas, ¿verdad, papá? — repuso Pablo, sin fijarse en la restricción hecha por su padre.

— Todas las cosas, en efecto, están incluidas — contestó mister Dombey.

— Entonces, ¿por qué el dinero no ha salvado á mamá? — dijo Pablo. — ¿Es cruel el dinero?

— ¡Cruel! — exclamó mister Dombey arreglándose la corbata y como queriendo desechar aquella idea. — No: lo que es bueno no puede ser cruel.

— Pues si es bueno y puede hacerlo todo; — dijo el niño como meditando y deteniendo su mirada en la lumbre, — no comprendo por qué no ha salvado á mamá.

Dijo esto ya sin preguntar nada á su padre. Acaso había visto, con la inteligencia natural en los niños,

que aquella clase de interrogatorio ponía en aprieto á su padre. Pero, si no preguntó, á lo menos expuso su pensamiento en voz alta, como aquella misma idea se le hubiera ocurrido ya muchas veces y le preocupara hondamente. Luego apoyó el codo en el brazo del sillón, la cara en la mano, y continuó mirando á la lumbre como en espera de una contestación.

Mister Dombey fué rehaciéndose de su sorpresa, por no decir de su alarma (era la primera ocasión en que su hijo le hablaba de su madre á pesar de que se habían encontrado infinitas veces en iguales condiciones que aquella tarde) y así, explicó de la mejor manera que pudo á su hijo de qué manera aun teniendo el dinero un gran poderío, que en ningún caso conviene contrariar, no llega á impedir que las personas se mueran á su tiempo : nosotros todos desgraciadamente tenemos que morir, aun perteneciendo á la City, donde somos más ricos que en otras partes. Pero es indudable que el dinero es causa de que se nos honre, considere, respete, admire en todas partes y hasta es capaz de alejar de nosotros la muerte por cierto tiempo, al menos. Por ejemplo, gracias al dinero ha podido ser asistida tu madre por el doctor Pilkins, que también ha cuidado de ti y por el gran doctor Parker Peps á quien tú no has llegado á conocer. En fin, el dinero hace todo lo que no es imposible hacer.

Con todas estas explicaciones, que Pablo escuchaba atentamente, comprendiéndolas en su mayor parte, trataba mister Dombey de inculcar en el ánimo de su hijo la buena doctrina.

— Es decir, que el dinero no puede darme la salud, ¿verdad, papá? — objetó el niño después de meditar y frotándose sus manecitas.

— ¿Y qué salud necesitas? — respondió mister Dombey. — ¿No estás bien?

¡Oh, y qué difícil hubiera sido determinar la edad de Pablo cuando, tornando la cabeza, se quedó mirando á su padre mitad con tristeza, mitad con ironía.

— Me parece que estás todo lo bien y todo lo robusto que puede estar cualquier otro niño de tu edad; — dijo mister Dombey.

— Florencia es mayor que yo, ya lo sé; no estoy tan robusto ni tan bien como Florencia; — añadió Pablo. — Pero tengo la seguridad de que cuando Florencia no era mayor que yo lo soy ahora, podía jugar sin cansarse mucho más tiempo de lo que yo puedo. Me canso mucho algunas veces. — Y diciendo esto Pablo se calentó las manos y se quedó mirando á la lumbre como si viera en ella algún fantástico muñeco. Luego añadió :

— Mis huesos (Wickam dice que son los huesos) me duelen algunas veces tanto que no puedo hacer nada.

— ¡Vaya! — repuso mister Dombey acercándose á su hijo y poniéndole suavemente la mano en la espalda; — es natural que al llegar la noche estés cansado; todos los niños están cansados al llegar la noche, y por esto mismo duermen mejor.

— ¡Oh! no es por la noche, papá; — contestó el niño; — es por el día cuando me canso : entonces me coge Florencia, me pone encima de sus rodillas y me canta canciones. Lo que tengo por la noche es que sueño unas cosas muy raras...

Y Pablo continuó restregándose las manos como un viejecito ó como un duendecillo.

Mister Dombey estaba sorprendido, á disgusto, no podía continuar la conversación. No hizo más que

contemplar á su hijo, á la luz de la lumbre, sin quitar la mano de la espalda como si una atracción magnética se la retuviera. Después cogió con la otra mano la cara de su hijo y la tornó hacia sí; pero tan pronto como la dejó en libertad, la cara, pensativa, se volvió á contemplar la lumbre, hasta que la niñera se presentó en busca de Pablo para acostarle.

— Quiero que Florencia venga conmigo, — dijo Pablo.

— ¡Cómo, señorito Pablo! — ¿No quiere usted venir con su pobre niñera Wickam? — preguntó ésta con demostración de sentimiento.

— No; no quiero, — contestó el niño acomodándose en su sillón en actitud de dueño de la casa.

Mistress Wickam se retiró, encomendó á Dios al pobre inocente. Al momento se presentó Florencia. Entonces Pablo se levantó sin vacilar, con animación, y dió las buenas noches á su padre con expresión tan rejuvenecida y alegre, tan infantil comparada con su precedente actitud, que mister Dombey, aun sintiéndose tranquilizado por este cambio, no pudo menos de asombrarse.

Cuando Florencia y su hermano salieron de la habitación, mister Dombey creyó oír una voz que cantaba. Acordándose de lo que acababa de decirle su hijo tuvo curiosidad de abrir la puerta, para escuchar mejor y ver. Florencia había cogido al niño en brazos y subía por la grande y vacía escalera poco á poco: la cabeza del niño descansando en el hombro de Florencia y un brazo cogido flojamente al cuello de su hermana. Iban así subiendo, Florencia cantando y Pablo acompañando alguna vez el canto con voz débil. Así llegaron al último escalón, después de pararse varias veces en el camino. Allí los perdió de vista

mister Dombey, pero se quedó inmóvil, buscándolos aún con la mirada, tanto que, al fin, los pálidos rayos de la luna, introduciéndose á través de la vidriera, vinieron á advertirle que era tiempo de retirarse á su cuarto.

Al día siguiente hubo concilio á la hora de comer. Quitados los manteles, abrió la sesión mister Dombey, exponiendo á su hermana y á miss Fox el caso de su hijo y pidiéndoles que, sin ambages ni rodeos, le dijeran si era exacto que Pablo tenía algún padecimiento y qué pensaba de ello el doctor Pilkins.

— Porque, en fin, — dijo mister Dombey, — el niño no se halla tan bien como yo desearía.

— Con tu discernimiento, — dijo mistress Chick dirigiéndose á su hermano, — has precisado la verdadera situación. No; el niño no se halla tan robusto como podríamos desear que estuviera. Tiene un desarrollo de inteligencia muy superior á su edad: su espíritu está como comprimido en tan pequeño cuerpo.

Diciendo esto, mistress Chick movía la cabeza con aire de preocupación. Y, dirigiéndose á miss Fox, añadió:

— ¿Se acuerda usted, Lucrecia, de lo que nos decía ayer mismo á propósito de los funerales?

— Mucho me temo, — interrumpió mister Dombey bruscamente, — que alguien hable arriba (1) de cosas

(1) Es conveniente recordar, para la inteligencia del relato y de la disposición de muchos cuadros de esta obra, que la costumbre inglesa es tener las habitaciones de los niños en el piso alto de la casa (cada familia, como hemos dicho, ocupa una casa, por regla general). Esta habitación para los niños, *nursery*, siguiendo el texto, no podemos designarla sin aludir á su situación en la casa, como hacemos aquí, diciendo « arriba ». (N. del T.)

impropias de niños. Anoche me habló de sus... de sus *huesos*—y mister Dombey acentuó con irritación esta palabra — ¡sus huesos! Quisiera saber quién tiene que ver algo con los huesos de mi hijo... ¡No es un esqueleto, creo yo!

— Todo lo contrario, — repuso mistress Chick con vivacidad.

— Así me lo figuro, — dijo su hermano. — ¡Y vuelta con los funerales! ¿Qué es eso de hablar al niño de funerales? No somos aquí, me parece, ni negociantes de pompas fúnebres, ni sepultureros.

— Todo lo contrario, — repitió mistress Chick con la misma vivacidad que antes.

— Entonces ¿quién le mete en la cabeza estas cosas? — dijo mister Dombey. — Realmente he tenido anoche un disgusto. Y repitió ¿quién, Luisa, mete al niño estas cosas en la cabeza?

— Mi querido Pablo, — contestó mistress Chick al cabo de un momento, — es inútil preguntármelo. En verdad, no creo que Wickam sea persona propiamente alegre, como si dijéramos una...

— Una hija de Momo, — sugirió mix Fox.

— Exactamente, — añadió mistress Chick. — Pero se esmera tanto, es tan servicial y sin pretensiones, que la considero como mujer muy apta. Si el querido niño, — prosiguió mistress Chick en tono de cosa convenida, sabida ya, por más que era la primera vez que se hablaba de ello, — si el querido niño se halla un poco debilitado, á causa de su última enfermedad, si no tiene tan buena salud como pudiera desearse, si algunas veces sufre como síncope que por un momento le impidieran hacer uso de sus...

Mistress Chick se quedó parada, al pensar en aquello de los *huesos* que había irritado á mister

Dombey; por fortuna vino en su auxilio miss Fox, sugiriendo la palabra esperada.

— ... De sus miembros...

— ¡Miembros! repitió mister Dombey.

— Yo creo, Luisa, — corrigió inmediatamente miss Fox, — que el médico dijo, la otra noche, piernas.

— Pues claro está, — dijo mistress Chick con tono de amigable rectificación. — ¡Qué duda cabe! Usted lo ha oído lo mismo que yo. Decía, pues, que si nuestro querido Pablo hubiera de perder por algún tiempo el uso de sus piernas, no pasaría de ser esto un mal común á otros muchos niños de su edad, inevitable por muchas precauciones que se tomasen. Mejor es saberlo desde luego, que sorprenderse cuando llegue á ocurrir, si ocurre.

— Bien sabes, Luisa, — observó mister Dombey, — que no se trata de que vaya á poner yo en duda tu natural afecto, tu adhesión al futuro jefe de mi casa. Creo que le ha visitado esta mañana el doctor Pilkins...

— Sí; le ha visitado. — añadió mistress Chick. — Miss Tox y yo estábamos presentes. Miss Tox y yo estamos siempre presentes : no faltamos. Pues bien; el doctor Pilkins, que le visita desde hace algunos días y que es un hombre muy inteligente, á mi juicio, opina que no vale la pena de hablar de esto : y por si te sirve de algo mi propio parecer te diré que opino como el médico. Sin embargo, hoy ha recomendado el aire del mar. Y en verdad, estoy convencida de que es una buena recomendación.

— ¿El aire del mar? — dijo mister Dombey, mirando á su hermana.

— No hay porqué inquietarse con esto, — añadió mistress Chick. — Mi Jorge y mi Federico también

tuvieron que tomar el aire del mar cuando tenían la edad de Pablito. Á mí también se me ha recetado muchas veces. Convengo contigo, Pablo, en que arriba se suele hablar delante del niño de cosas que sería mejor no mencionar ante él y que pueden extraviar su inteligencia; pero, en realidad, no sé cómo podría evitarse esto tratándose de un niño de inteligencia tan adelantada. Si fuera un niño como todos lo son de ordinario, poco importaría. He de decirte mi opinión, que también es la de miss Tox: una corta ausencia de casa, el aire de Brighton y la educación física y mental, dada por una persona de tanta prudencia como lo es mistress Pipchin, por ejemplo...

— ¿Quién es mistress Pipchin? — preguntó mister Dombey, alarmado al oír pronunciar con tanta familiaridad en su presencia, el nombre de una persona para él desconocida.

— Mistress Pipchin, querido Pablo, — repuso su hermana, — es una señora de edad respetable. — Miss Tox conoce bien su historia, — que desde hace largo tiempo dedica todo su tiempo y energías, con los mejores resultados, al estudio y tratamiento de las enfermedades de la infancia y que siempre ha tenido relaciones extremadamente escogidas. Á su marido se le rompió el corazón en... ¿Cómo se le rompió el corazón á su marido, amiga mía? No me acuerdo de la circunstancia...

— Sacando agua de las minas peruanas, — dijo miss Tox.

— Por supuesto, no es que sacara él agua por sí mismo, — dijo mistress Chick mirando la cara de su hermano: y, en realidad, hacía falta esta aclaración, pues miss Tox había dicho lo de sacar agua como si se tratara de un bombero. — Lo que hay es que

había puesto su dinero en aquella especulación, que salió mal. Á mi parecer, mistress Pipchin entiende maravillosamente el trato de los niños. He oído elogiarla, hace mucho tiempo, cuando yo era tan alta como... ¿cómo diré?... — y la mirada de mistress Chick, buscando un punto de comparación, se dirigió á la biblioteca y fué subiendo hasta el busto de Pitt que estaba á diez pies de altura.

— Acaso me sea permitido decir de mistress Pipchin, — manifestó miss Tox poniéndose colorada por el atrevimiento — y puesto que se hace referencia á mi testimonio, que esta señora merece todos los elogios que se le tributan. No pocas señoras, no pocos caballeros que hoy son interesantes miembros de la sociedad han sido educados por ella. La humilde persona que dirige á usted la palabra, estuvo confiada á sus cuidados. Me consta que los jóvenes de la nobleza no son extraños á este establecimiento.

— ¿Es decir, que esta respetable señora tiene un establecimiento? — dijo mister Dombey dirigiéndose á miss Tox con tono amable.

— No sé si será exacto llamar establecimiento á su casa, — repuso miss Fox. — En realidad, no es una escuela preparatoria para cosa alguna. Tal vez sería mejor decir — añadió miss Tox con su peculiar tono de dulzura — que se trata de una casa-pensión para niños, sumamente selecta.

— En escala reducidísima y particular, — añadió mistress Chick mirando á su hermano.

— ¡Oh! casi no recibe á nadie, — dijo miss Tox.

Algo bueno había en aquello. El marido de mistress Pipchin se había roto el corazón en las minas peruanas: no estaba mal; sonaba á rico. Además, mister Dombey se hallaba casi consternado ante la idea de

que Pablo no hubiera de estar ni una hora más en casa, desde el momento en que el médico recomendaba que se marchara fuera. Era esto una parada, un retraso en el camino que debía recorrer su hijo, lentamente, sin duda, antes de llegar á su término. Aquellas recomendaciones en favor de mistress Pipchin tenían gran valor para él; bien sabía hasta qué punto su hermana y miss Tox apreciaban la autoridad que les tenía conferida sobre el niño y nunca pensó que desearan compartir con nadie una responsabilidad sobre la cual tenía puntos de vista bien determinados, según acababa de exponer. Haberse roto el corazón en las minas peruanas, hacia meditar á mister Dombey. Indudablemente, era muy respetable manera de hacer las cosas.

— Suponiendo que después de tomar los informes necesarios decidamos enviar mañana al niño á la casa de esa señora, ¿quién iría con él? — preguntó mister Dombey, después de alguna reflexión.

— No creo que pueda estar el niño en ninguna parte sin la compañía de Florencia, — dijo mistress Chick, no sin alguna vacilación.

— Tiene una verdadera manía por ella : es un niño y naturalmente tiene sus caprichos pueriles.

Mister Dombey volvió la cabeza, se levantó, fué á la biblioteca, cogió un libro y se sentó á leer.

— ¿Nadie más, Luisa? — volvió á decir hojeando el libro.

— Wickam, naturalmente. Wickam es bastante, contestó mistress Chick. — Desde el momento en que se confía el niño á mistress Pipchin, sería un desaire para ella el enviar á otra persona. Además, que tú irás, á lo menos, una vez á la semana, por supuesto.

— ¡Por supuesto! — repuso mister Dombey : y

mirando siempre la misma página del libro siguió sentado más de una hora.

Esta célebre mistress Pipchin era una señora de lo más desagradable y feo que pudiera imaginarse : vieja, corcovada, con vetas de mármol en la cara, con la nariz de loro y con un ojo ceniciento y tan duro, que se hubiera podido martillar en él sin lastimarle en lo más mínimo. Cuarenta años hacía, por lo menos, que mister Pipchin había muerto en las minas peruanas; pero su inconsolable viuda continuaba con su traje de bombasí negro, sin adornos, tan oscuro, en fin, que de noche al mismo gas le era imposible dar claridad á tal figura y que ésta podía servir de apagador de un número indefinido de luces. Generalmente se la consideraba como gran manejadora de niños, y el secreto de tal manejo consistía en obligarles á hacer siempre lo contrario de lo que querían y no consentir nunca lo que les agradaba : era este, en su concepto, el mejor de los medios para modificar los caracteres. Era mujer tan agria, que daba ganas de pensar en que hubo error en las máquinas hidráulicas del Perú, y que éstas, en lugar de extraer el agua de las minas, habían agotado todas las fuentes de bondad humana, de amabilidad y de dulzura en aquella vieja.

El castillo encantado de aquel ogro, verdadero verdugo de niños, estaba situado en una costanilla de Brighton, una cuesta de terreno gredoso, pedregoso y estéril. Las casas de aquel apartado paraje, eran las más frágiles del pueblo y los jardinillos de que que aparecían rodeadas, tenían la curiosa virtud de no producir otra cosa que girasoles, cualquiera que fuese la semilla sembrada en ellos. En las puertas de calle y en todos los rincones, se podían coger caraco-

les por docenas, más agarrados que ventosas. En el invierno, se introducía el aire sin que se le pudiera echar del castillo, durante el verano desaparecería el mismo aire, sin que fuera posible detenerle y, en todo tiempo, hacía tanto ruido, que los habitantes creían tener siempre en los oídos un caracol de mar que zumbaba sin interrupción noche y día. Era natural que no oliera bien en aquella casa. Por la parte de adentro, junto á la ventana de la sala de recibo, ventana que no se abría jamás, tenía mistress Pipchin una colección de tiestos que repartían por toda la casa su olor á tierra húmeda. Aunque las plantas de estos tiestos fuesen selectos ejemplares de su especie, se adaptaban muy bien á la personalidad de mistress Pipchin : eran media docena de variedades de cactus : unos se retorcían en derredor de listoncillos de madera, como serpientes enroscadas ; otros alargaban sus garras como langostas verdes : había plantas trepadoras, notables por sus hojas blanduchas y adherentes : pendía del techo una destartalada maceta, de donde desbordaba, como el agua de un puchero muy lleno, el ramaje de una planta, rozando á las personas que acertaban á pasar por debajo : eran como patas de araña ; y en verdad, que la casa de mistress Pipchin no andaba mal de estos insectos, por más que, llegada la estación oportuna, aun estaba mejor en punto á forficulas.

Sin embargo, la tarifa de precios establecida por mistress Pipchin era hartó elevada para quienes tenían medio de pagar, y como el mal talante de esta señora no se suavizaba para nadie, teníaela por persona de gran firmeza y muy versada en el conocimiento del carácter de los niños. Merced á esta reputación, así como también á la desgraciada muerte

de su marido, llegaba á una utilidad suficiente, un año con otro. Tres días después de la proposición de mistress Chick á su hermano, la vieja profesora tuvo el gusto de percibir una suma, contante y sonante, satisfecha por mister Dombey : cantidad que añadió la interesada á sus cuentas corrientes al mismo tiempo que recibía, entre los habitantes del castillo, á Florencia y á Pablo.

Mistress Chick y miss Tox, que habían llegado con los niños la vispera, pasando la noche en un hotel, luego de confiar los alumnos á su maestra se volvieron á Londres. Mistress Pipchin, de espaldas á la chimenea, pasaba revista de los nuevos reclutas, como un veterano. La sobrina de mistress Pipchin, una buena persona, que no parecía ser muy joven ni era tampoco vieja, esclava de la voluntad de su tía, tan delgada como una varilla de hierro y mortificada por una porción de granos en la nariz, estaba ocupada en despojar al jovencito Bisherstone de un gran cuello blanco que le habían puesto para la ceremonia de aquella recepción. Miss Pankey, la otra pensiónista — y ya no había más, por el momento — estaba encerrada en la torre (era ésta una habitación grande, que daba á espaldas de la casa, y servía de cuarto de castigo) por haberse permitido resoplar tres veces en presencia de los visitantes.

— Muy bien, caballero ; — dijo mistress Pipchin á Pablo. — Ahora, ¿ cree usted que llegará á quererme un poco ?

— Yo no he de querer á usted nunca nada ; — contestó Pablo. Lo que quiero yo es marcharme. Esta no es mi casa.

— No : esta es la mía ; — repuso mistress Pipchin.

— Y verdaderamente fea ; — añadió Pablo.